

Mammy apoyó la oreja contra la barriga rosada y dilatada de Gwen, y todos los presentes en la habitación tuvimos que callarnos. Los presentes éramos Gwen, por supuesto, lista para abrirse como un melón; y Mammy, también por supuesto; y la amiga de Gwen, Clarrie, que estaba de pie, cruzada de brazos y con un cigarrillo en los labios, un palo de ceniza que colgaba sobre la cama; y yo. Y todas atendimos.

—Será más fácil si me lo cuentas, Mammy —dijo Gwen, pero Mammy agitó un brazo en el aire, «cállate», y apretó aún más la oreja contra el punto que me había mostrado, justo al norte-noroeste del ombligo de Gwen.

Mammy se enderezó y se alejó de ella.

—No puedo decírtelo.

—¡Sé que puedes! —protestó Gwen, pasando las manos hinchadas por su enorme barriga—. Me hubieras mirado a los ojos. Así que lo sé.

—Lo sabe, bueno —farfulló Clarrie sin sacarse el cigarrillo de la boca, y después soltó una pequeña tos que por poco hizo caer la ceniza sobre la cama—. La vieja Mammy Cullen lo sabe.

Mammy lo sabía, pero no pensaba ceder.

«Veamos qué nos da la naturaleza y alegrémonos», decía siempre Mammy.

Pero Gwen no pensaba rendirse.

—Oh, Mammy, si lo supiera podría relajarme y esperar tranquilamente a que saliera, y en ningún caso lo querría menos.

Gwen ya tenía cuatro varones berreantes de mejillas sonrosadas, y quería desesperadamente una niña que restaurara parte del equilibrio en la casa. Mammy escuchaba y solía acertar, pero no era infalible y por eso no le gustaba decirlo.

Al final, Clarrie se sacó el pitillo de la boca. Lo apagó con habilidad entre el pulgar y el índice, encallecidos por su trabajo en la fábrica de envasado, y depositó la colilla en el bolsillo de su mandil.

—Díselo a la chica —opinó.

Como siempre en estas situaciones, mi mano voló hacia las tres horquillas de hierro que me sujetaban el pelo en la sien. Gwen vocalizó en mi dirección como si fuera un pez, «vamos». Mammy arrugó la nariz y me señaló con un gesto el montículo hinchado de Gwen. Acerqué la oreja al punto y escuché con atención. Pasado un rato me incorporé, y como las otras dos trataban de leerme los labios, me toqué el lóbulo de la oreja izquierda.

—Ella cree que es una niña, y yo también —dijo Mammy, y Gwen empezó a sollozar.

—¡Pero si no ha dicho ni una palabra! —protestó Clarrie.

Mammy estaba más interesada en regañar a Gwen.

—¡Y ahora mírate, hinchándote como un pavo! ¿Y qué vas a hacer si me he equivocado?

—¡Tú nunca te equivocas, Mammy, lo dice todo el mundo! ¡Gracias, Mammy! ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Ya puedo morir feliz!

—¿Morir? ¡No vas a morirte! Y me equivoco bastante a menudo. Bastante a menudo.

—¡Pero si no ha dicho ni una palabra! —volvió a protestar Clarrie, encendiendo otro Craven A mientras me miraba.

No, pero teníamos nuestros propios modos de hablar, y mientras me tocaba el lóbulo de la oreja izquierda había mirado a Mammy buscando una respuesta, porque sabía que las dos habíamos escuchado problemas. Mammy se frotó los dedos una sola vez para confirmar la complicación que yo había detectado en el latido. Plano. Problemas. Oh, Dios no lo quisiera, pero tenía que mantener la calma, Fern, mantener la calma.

Pero Gwen había dicho la verdad y se relajó de inmediato. A la media hora del pronunciamiento de Mammy, la niña ya se estaba abriendo paso hacia el exterior. Pero aunque queríamos ver a la pequeña sacudir el aire con sus diminutos puñitos rosados, algo había salido mal. El bebé tenía el cordón umbilical alrededor del cuello, como un nudo corredizo, y era evidente que le faltaba oxígeno. Mammy metió los dedos entre el cuello y el cordón y lo liberó rápidamente, pero no consiguió nada.

—No late —le dije a Mammy en un susurro, para que Gwen no lo oyera.

Pero Clarrie sintió que sucedía algo y se acercó para mirar. Se sacó el cigarrillo de los labios y soltó:

—Pero, ¿por qué está tan azul?

—¿Azul? —preguntó Gwen.

—Hazte a un lado y cierra la boca —dijo Mammy ásperamente a Clarrie. La niña ya había salido del todo, pero no reaccionaba. Mammy le pellizcó con fuerza los pies. Después le dio un cachete en el trasero—. Succionador —me dijo muy bajo.

Rebusqué entre la bolsa de Mammy, encontré el estrecho tubo de goma y se lo entregué.

—¿Está bien? Dime que está bien, Mammy —suplicaba Gwen, de modo que me encargué de su hemorragia con algodones, sobre todo para distraerla mientras Mammy hacía

todo lo que podía. Depositó a la niña sobre la cama, le metió el tubo por la garganta y aspiró con fuerza. Escupió en un cuenco. Volvió a darle un cachete, pero aquella cosita azul seguía sin responder. Sin vida. Nada.

No había modo de ocultarlo. Clarrie guardaba silencio y Gwen estaba paralizada. Yo sentía la corriente de miedo que se desplazaba entre nosotras. Todas miramos a Mammy, pero esta parecía estar escuchando con atención, y no al bebé sino en dirección a la ventana. Tenía la cabeza un poco inclinada.

—Un cubo de agua fría, Fern, tan rápido como puedas. Usa el tonel de aguas pluviales. Fría.

No necesité que me lo dijera dos veces. Corrí escaleras abajo, agarré el recipiente más cercano y lo llené con las aguas gélidas del depósito de lluvia que había en el exterior. Regresé con la misma celeridad. Sabía lo que Mammy quería hacer, pero Clarrie dijo:

—Eso ya no lo hace nadie. Cogerá una neumonía.

Mammy la ignoró y metió al bebé directamente en el agua. Lo mantuvo sumergido un rato y lo sacó. Después volvió a sumergirlo y a sacarlo.

—Harina de linaza, Clarrie, ve a buscar un poco, a la carrera. Y tú, Fern, polvo de oro.

Clarrie desapareció a buscar su mandado, pero antes de que yo pudiera abandonar la habitación oí un tosido diminuto, como el farfullo de una bomba de agua cuando la cebas. La niña había tosido. Sofoqué un grito.

»No te detengas ahora, Fern.

Tuve que bajar a la despensa de Gwen y rebuscar por todas partes la semilla de mostaza, a la que Mammy llamaba «polvo de oro». Machaqué las semillas en un mortero que había encontrado en la cocina. Antes de que yo terminara, Clarrie (que vivía en la casa de al lado) ya había vuelto con la harina

de linaza. Se la arrebaté, preparé la cataplasma húmeda y la llevé a la habitación de arriba.

Gwen ya tenía a su hija con ella, muy bien envuelta en una toalla. Mammy examinó la cataplasma, tomó el bebé de manos de Gwen y desenvolvió la toalla. Le untó la pasta amarillenta por toda la espalda, antes de envolverla de nuevo con la toalla y devolvérsela a su madre.

—No va a coger una neumonía —dijo Mammy acusadoramente, mirando a Clarrie.

—¡Oh, Mammy! —sollozó Gwen—. Es la niñita que tanto quería... ¿Se pondrá bien?

Bueno, aunque el peligro hubiera pasado, Mammy nunca decía nada acerca de si algo saldría bien, porque me había contado que la naturaleza era imperfecta; pero Mammy era lo bastante sabia como para comportarse como si no fuera a haber problemas.

—Apúntala —me dijo Mammy—. Anota la hora y el peso. Apunta que Gwen ha tenido a una niñita sana.

La precisión de Mammy en tales asuntos era su concesión a los burócratas que la habían exiliado de su verdadera vocación. Aunque no sabía ni leer ni escribir, y aseguraba no verle el sentido a tales prácticas, estaba orgullosa de que yo sí supiera. Era su modo de mostrar a las demás mujeres que también nosotras sabíamos llevar registros, siendo estos obligatorios como eran. Así que saqué el cuaderno y anoté: «De Gwen Harding, niña, cuatro kilos, cuatro y dieciséis de la tarde, 4 de febrero de 1966». Y como floritura adicional de mi propia cosecha, escribí: «Hija de la Luna llena».

Gwen estaba absorta en el momento de su nueva maternidad. Su amiga Clarrie también volvía a sonreír. Chupaba de un cigarrillo recién encendido, que entre sus dientes ya empezaba a formar un nuevo tubito de ceniza.

—Dicen que siempre aciertas, Mammy. Y vaya si acertaste también con esta pequeñaja.

Al tocarme la oreja izquierda le había dicho a Mammy que yo había oído que era niña. Esto se lo confirmó lo suficiente como para arriesgarse a decírselo a Gwen. Me sentí contenta, porque después de decenas y decenas de partos ya empezaba a ser casi tan buena como ella; me había enseñado a fiarme no del desarrollo del parto sino del latido del corazón, porque el de las niñas palpitaba más despacio que el de los niños, y después de un tiempo aprendías a distinguirlos bastante antes de ver lo que tenían entre las piernas. Aunque no habíamos sabido lo que era imposible adivinar: que, en este caso, el latido más débil estaba provocado por otra cosa totalmente distinta. Pero ellas (es decir, Gwen, Clarrie y todas las demás) nunca sabían cómo lo hacíamos, porque aquella era una de las muchas cosas que nos guardábamos. Y tanto nos guardábamos que no manteníamos relación con nadie. Por eso me sorprendí al día siguiente.

Se estaba preparando un temporal, el mal tiempo de febrero, aunque aún era posible lavar la ropa; la esquina húmeda de una sábana tendida no dejaba de sacudirme como si quisiera morderme la pierna, de modo que me vengué de ella y la puse en su sitio. No hay que dejar hablar a esas sábanas rebeldes. Mi minúsculo transistor Hitachi emitía suavemente la emisora pirata Radio Caroline desde el umbral. Aunque funcionaba con pilas que había que cambiar de tanto en tanto, me gustaba ponerla mientras trabajaba, y cantaba cuando podía. No es que a Mammy le gustara la música popular. Para nada. La llamaba bazofia. Bazofia y carroña. Estaba cantando cuando me llegó un murmullo desde detrás de una sábana de algodón, y después vi una forma oscura, dejé de cantar y di un paso atrás. De repente deseé que Mammy estuviera allí. Entonces la sábana se apartó de golpe para revelar una cara seria pero divertida, bajo una maraña de rizos cobrizos. Era Arthur McCann, tan

alto que se encorvaba dentro de su chaqueta de motorista de cuero negro. Sus vaqueros de pitillo eran tan azules que me pregunté dónde los habría conseguido. Le di la espalda y seguí tendiendo la ropa.

—Me has asustado. Ya iba a buscar la horca del jardín.

—No te preocupes, Fern. No pretendía asustarte. —Recordaba a Arthur del colegio. Sus ojos eran tan azules como sus pantalones, y me miraba parpadeando con unas pestañas delicadas. Comprobé las tres horquillas de hierro que me sujetaban el pelo, y desde allí mi mano se dirigió hacia el roto en el codo de mi cárdigan— Como Mammy te encuentre aquí te vas a enterar. Y va a volver del pueblo de un momento a otro.

Arthur salió de detrás de la sábana, que comenzó de nuevo a sacudirse en la fuerte brisa.

—No puedes seguir escondiéndote detrás de Mammy Cullen, Fern. —Se acercó un poco más. El viento me traía el olor de la cerveza—. Tienes que darme una oportunidad.

Arthur era un tiarrón de Hallaton, un pueblo vecino. Aquel lugar era una locura. Podría contarte algunas cosas acerca de ese sitio. Yo tenía una pinza de madera entre los dientes.

—¿Oportunidad? ¿Qué oportunidad?

Levanté el brazo hacia la cuerda, sabiendo que mi cintura, cadera y trasero quedaban expuestos a su vista. Aunque le daba la espalda, pude sentir unos brazos fantasmales que se acercaban para descansar sobre mis caderas. Mammy me llamaría «ligerera de cascos», pero me incliné sobre el cesto de la ropa, sacudí otra sábana y volví a estirarme mientras Arthur respiraba sobre mi hombro. Sentí el momento en el que iba a dar un paso más y lo bloqueé girándome.

—No me interesa un tarado de Hallaton. Además, tienes casi mi edad, Arthur. Yo busco a un hombre mayor.

—¿Y para qué quieres a alguien mayor? Yo estoy en la flor de la vida.

—Tienes veintiuno. No estás en la flor de nada. Eres un niño. Yo quiero a un hombre que pueda enseñarme cosas.

Ya sabía lo que iba a responder a aquello, y sin duda Mammy lo hubiera considerado una provocación.

—Yo podría enseñarte una o dos cosas. —Se rascó el mentón y parpadeó con sus pestañas blancas.

Volví a darle la espalda y seguí tendiendo. Recuerdo que pensé: *¿quiero que me toque? ¿Me apetece?*

»¡Aaay! —gritó Arthur de repente.

Me giré a toda velocidad y vi cómo se cogía el muslo, cerca del culo. Detrás de él estaba Mammy Cullen con su bastón de fresno levantado, amenazándolo con otro golpe.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar en mi jardín? —rugió Mammy, perforando al chico con sus ojos grises—. ¿Quién te ha dado permiso?

—¡Solo estábamos hablando!

—¡Galanteando! ¡Estabas galanteando! —Pude ver los inmensos pechos de Mammy hincharse dentro de su abrigo. Su gruesa quijada elaboró una mueca cómica, pero sus ojos, marrones como la hoja del tabaco, bullían de furia—. ¡Y no se galantea con una chica acercándote a hurtadillas a ella cuando te da la espalda! Ya puedes ir olvidándote de esos trucos. ¡Y no se hace la corte sin mi permiso!

—¡Solo estábamos hablando, Mammy! ¡No tienes por qué pegarme con el bastón!

—Y otra que te daré, muchachito. ¡Y no estabas hablando, tarado de Hallaton! Te estabas acercando a ella con la mano, que te he visto desde la puerta.

Arthur se frotó la parte trasera del muslo, pero estaba riendo. No le había dolido nada y todos lo sabíamos. Aunque yo sabía desde niña que, cuando Mammy dejaba volar el palo, no solía andarse con medias tintas. Por suerte para Arthur aquello era un juego, pero todo podía cambiar.

—Dale un respiro a un jovencito, Mammy.

—¿¡Qué!?! —rugió Mammy—. ¡Tú vuelve a mi casa, vuelve a mi jardín, y lo que haré será partirte el bastón en la cabeza!

—¡Mammy! —grité yo, riendo a mi vez. Era de palo fácil, y no quería que aquello fuera más allá.

Arthur era ágil y fuerte, y le arrebató el bastón de la mano y corrió hacia la puerta del jardín. Mammy era mayor, pero aún se movía con destreza y empezó a perseguirlo.

—¡Adiós, Fern! —gritó Arthur provocador, dejando el bastón de fresno junto a la puerta. Saltó a su motocicleta y la puso en marcha. Mammy cogió un puñado de tierra y se lo arrojó, pero él ya se había marchado y el rugido de su moto empezaba a alejarse.

—¡Lárgate de mi jardín, culo de jengibre de Hallaton, y no vuelvas!

Después de recuperar su bastón, Mammy se sentó en el banco del jardín para recuperar el aliento. Yo no dije nada y seguí tendiendo la colada. Cuando acabé, me senté a su lado en el banco. Miramos hacia delante, en silencio. Después de un rato los hombros de Mammy comenzaron a sacudirse. Yo mantuve la boca cerrada. Después Mammy soltó un bufido. «¡Culo de jengibre!», se carcajeó, y no pude contenerme más y solté un grito. «¡Tarado de Hallaton!», dije, y los amplios hombros de Mammy empezaron a retemblar. «¡Tarado de Hallaton, culo de jengibre, cazaliebres!», dijo ella y empezó a aullar palmeándose la rodilla, que se levantaba como si tuviera vida propia, y yo reí con ella y me alegré de que viviéramos lo bastante lejos del pueblo como para que nadie pudiera oírnos.

No podías evitarlo. De verdad. No, si pensabas en ello.

La vieja Mammy Cullen no era mi madre natural, pero me había adoptado tras morir mi verdadera madre. Así que me había dicho que yo había llegado por error a una mujer cuyos otros hijos ya eran mayores, y que por otra parte no tenían el menor interés en encargarse de una niña cuyo padre, encima, no era el mismo que el de ellos. Nunca he conocido a mi hermanastro y a mis dos hermanastras. Mammy Cullen había perdido a un hijo propio mucho, mucho antes, y aquello dejó en su vida un agujero que no paró de crecer hasta que Mammy, que ya estaba bien entrada en la cincuentena, vio la necesidad de llenarlo de nuevo. Eso fue en 1946. Con la guerra recién acabada, Mammy logró superar toda necesidad de registro burocrático. Siempre he supuesto que en aquellos meses no habría autoridad alguna que considerara que el registro era lo bastante importante. Era una época en la que encontrar un hogar caliente para un niño recién nacido era más importante que escribir nombres en un libro encuadernado en cuero.

—Te traje del hospital —me dijo, y yo nunca le hice preguntas al respecto.

Mammy tenía un agujero que llenar y me trajo a casa. Eso era todo. Me quería, y no me trataba ni mejor ni peor que si hubiera sido su propia hija. Había un hogar caliente, comida suficiente en la mesa y ropa limpia; y solo recordaba una o dos palizas con el bastón de fresno. Y mucho amor, y la dedicación de todo el tiempo que le era posible a su pequeña.

Mammy escuchaba, Mammy respondía, Mammy interpretaba el universo para mí. Tenía el hábito de echar los ojos hacia arriba antes de ofrecer su informe sobre el mundo, y explicaba siempre con cuidado los puntos en los que esa versión se encontraba con la de los vecinos, y aquellos en los que no lo hacía. Y desde el día de mi primer periodo me explicó de forma

llana de qué iba todo aquello, y luchó para salvarme de los chicos que aparecían en la puerta del jardín. Arthur McCann no era el primero en ser echado a bastonazos por Mammy Cullen. Aunque yo opinaba que se había entrometido demasiado, y así se lo dije.

—Sé cuidarme sola, Mammy.

—Ya lo sé. Pero un día vendrá uno de esos y te tumbarás para él. No puedo alejarlos eternamente. Va contra la naturaleza. Te tumbarás.

—No, no me tumbaré.

—Sí te tumbarás. No importa lo dura que te creas. Se quedará ahí y encontrará una hebra suelta en tu delantal, y tirará y tirará de ella y tú le dejarás hacer, y cuando te quieras dar cuenta estarás temblando, tumbada de espaldas sobre la hierba, y te encantará y te creerás muy lista por todo lo sucedido. Así es como funciona. Pero no te quedes embarazada. Ya te he enseñado cómo.

Sí, también me lo había enseñado. Pero Mammy tenía un modo de calcularlo que me volvía loca. «Resta el mayor de la regla de once a dieciocho del número de días que duró el más breve de tus seis últimos sangrados, y resta el menor del número de días del más largo de tus seis sangrados anteriores. Si tus últimos periodos duraron entre veintiséis y treinta y un días, mantén alejado a tu hombre con un palo desde el octavo día (que es veintiséis menos dieciocho, ¿no es así?) hasta el vigésimo (que es treinta y uno menos once, ¿no es así?) del séptimo mes. Ya está. Así deberías estar suficientemente a salvo. Aunque también podrías usar un trozo de esponja y vinagre».

—Arthur no es malo.

—Sí, también lo sé. ¿Pero qué vas a hacer cuando yo ya no esté?

—Todavía te queda vida de sobra.

—Eso dices, pero esta mañana estuve en el pueblo pagando el maldito recibo de la luz, y me dio una sacudida por la columna y el pecho. Me dejó doblada, ya te digo.

—¿Fue un calambrazo?

—No, tolondrona. Fue vejez. Tengo setenta y siete años y sé cuándo se acerca mi hora.

Me levanté y me di la vuelta. No quería que viera cómo se me escapaban las lágrimas. Pero no era posible esconderle nada a Mammy. Nada. Nunca jamás.

—Estarás bien, mi pequeña pinzona —me dijo.

Durante un rato no hubo ni un suspiro de viento. Después llegó la brisa de ninguna parte, sacudiendo con violencia la ropa tendida en la cuerda. Las dos escuchamos durante un rato.

»Deberás estarlo —dijo Mammy.

Oí la lluvia antes de sentirla cuando Mammy y yo abandonamos la carretera y tomamos una senda a través de los campos. Era una mañana de mediados de febrero, y hacía frío para aquellas horas del amanecer. Mammy se echó el anticuado chal alrededor de la cabeza y yo me protegí con una capucha plegable de plástico transparente. Caminábamos en silencio, y la hierba húmeda me cepilló los zapatos hasta dejarlos brillantes. Habíamos estado fuera recolectando. Cabalgando las olas, lo llamaba Mammy, porque la tierra se ondulaba como un gran océano verde, y podíamos terminar engullidas y olvidadas en los valles de su oleaje.

Aunque mis ojos estaban concentrados en el sendero campestre que tenía delante, mi mente vagaba por otro sitio. Incluso Mammy, que caminaba tres pasos detrás, debía de oír mi cerebro chasqueando como un ábaco.

—Suéltalo —me dijo.

—Oh —suspiré—. Solo es lo que ya te he dicho antes. Que no me creo ni la mitad.

—Ese es un asunto entre tú y tu cabeza. En cualquier caso, le das demasiadas vueltas. Lo que pienses o dejes de pensar no representa diferencia alguna.

Así era Mammy. Lo que pensara alguien no representaba diferencia alguna. Ella tenía la idea de que todo el mundo hacía

lo que tenía que hacer y se comportaba como debía comportarse, y que nada en el mundo de las palabras tenía un verdadero impacto en el mundo tal y como era en realidad. Creía que la gente a menudo traicionaba su verdadera naturaleza al hablar, diciendo una cosa y haciendo otra, asegurando esto cuando en realidad era aquello, y engañándose hasta el punto de que no sabían con certeza si eran la liebre o el galgo.

Mammy volvió a hablar.

—Lo poco que sepas, guárdalo para ti.

Habíamos terminado de recolectar, así que regresamos a través de los bosques, rodeando el saliente rocoso en el que el glasto crecía grueso y alto, más allá de Keywell. El camino ascendente era muy empinado y Mammy tuvo que apoyarse en mi brazo, resoplando, jadeando y maldiciendo su artritis. Pero cuando doblamos el recodo de nuestro tranquilo paseo, Mammy me dio un golpecito en la pierna con su bastón de fresno y susurró:

—¡Ey, mira! ¡Extraños!

No solía haber mucha gente fuera a esas horas de la mañana, aparte de aquellos que se encaminaban hacia sus trabajos. Así que resultó toda una sorpresa ver una vieja furgoneta achacosa estacionada a menos de cien metros de nuestra casita, con el capó abierto. Había una extraña pareja sentada sobre la hierba al borde del camino, fumando cigarrillos y mirando con expresión vacía mientras otro hombre ocultaba el rostro entre las tripas del motor; gruñía y trasteaba con los cables.

Hasta a mí, que no me importan precisamente las modas, me pareció que vestían muy raro. Formaban un grupo pintoresco. La mujer llevaba una falda larga con el dobladillo manchado de barro, y una blusa de estopilla bajo un abrigo del ejército con botones dorados. Jugaba con su pelo largo y desaseado, y sonreía ante su predicamento. Su compañero, que estaba liando un pitillo, vestía una ajada chaqueta de cuero y una

camisa blanca sin cuello, de las que ya no se ven por ninguna parte. Su piel mostraba un moreno inusual para aquella época del año, y pude distinguir que le habían roto y recolocado la nariz. Su pelo era largo, le llegaba bien por debajo del cuello, como el de la mujer, pero él lo cubría un sombrero de fieltro de ala ancha. Por supuesto, ya nadie sigue usando sombrero. Alrededor del cuello llevaba una campanilla colgada de una cadena, tal y como se hubiera esperado de la vaca predilecta de un granjero.

No pude evitar quedarme boquiabierto. No sabía si se trataba de un circo en gira, o de madrugadores visitantes feéricos.

—Yeyés... —murmuró Mammy.

Quizá el hombre tuviera un oído extraordinario, porque levantó la mirada desde su proyecto de cigarrillo.

—Saludos —dijo, guiñando un ojo primero a Mammy y luego a mí.

—Grrrm —respondió Mammy. A menudo hacía ese ruido, a medio camino entre un saludo y un gruñido, lo que dejaba a cada uno libertad para tomárselo como quisiera.

Yo no dije nada. No había salido mucho de casa pero no me gustaban las burlas, y tampoco me gustaba su aspecto.

—¡Saludos, señoritas!

Sin afeitar, desgreñado, con el cuero de la chaqueta lleno de rozaduras y parches... Justo cuando empecé a pensar dónde podía meterse sus saludos, el hombre se incorporó con un salto teatral para dejarnos cruzar. Me sonrió y pasó lascivamente la lengua por el borde gomoso del papel de fumar.

El hombre que tenía la cabeza metida en el motor del coche nos miró.

—¿No tendrán una tapa de delco de sobra, no? —gritó.

La verdad es que yo no sabía lo que era la tapa del delco. Tampoco sabía lo que era un yeyé Tal y como lo veía en aquel

tiempo, era una especie de gitano con una guitarra eléctrica. Elevé la nariz cuando pasamos a su lado.

Oí cómo uno de ellos decía:

—Creo que eso ha sido un no.

La puerta del jardín de nuestra casita chirrió sobre sus goznes. Siempre le preguntaba a Mammy por qué no le echábamos un poco de aceite, pero ella decía que así sabía cuándo llegaba alguien, de modo que así se quedaba. Pero aquella mañana Mammy mencionó que había visto a un reyezuelo entre los setos.

—¿Lo has visto tú? —dijo—. Tendremos visita.

Y así fue. Una suave llamada a la puerta anunció al primero de nuestros dos visitantes varones antes de que acabara la semana, y ambos sin ser invitados. Yo estaba ocupada limpiando el hogar y levanté la mirada para ver a un caballero de pelo oscuro con botas de pasear. Llevaba los calcetines subidos hasta la rodilla y por fuera de los pantalones, pero no me reí. Sostenía su sombrero *trillby* de paseo en el aire, en una actitud de exagerada educación, y un bastón de pomo de plata en la otra mano. En la banda del sombrero llevaba una pluma de color verde esmeralda.

—¡Buenos días! —gritó con alegría— Discúlpeme por molestarla en un día como este.

El hombre sonreía demasiado, algo que siempre me ha puesto muy nerviosa. Y tampoco estaba acostumbrada a la excesiva formalidad. Su acento parecía el de la BBC, y sus modales no mostraban calidez, sino superioridad social enmascarada con una extremada cordialidad. Me puse en pie y me quedé allí parada, limpiándome las manos polvorientas en el mandil.

»¿Puedo entrar? —preguntó.

—No hasta que me haya dicho qué es lo que quiere. —A pesar de sus aires, seguía siendo una muestra de mala educación dejarme allí, preguntándome por sus asuntos. Me agaché para coger la bandeja de las cenizas y caminé con ella hacia la puerta, obligándolo a apartarse. Lo hizo de un salto hacia atrás cuando pasé a su lado para vaciar la bandeja sobre el suelo del jardín. Parte de la ceniza quedó atrapada en la brisa traviesa, y un poco le entró en los ojos.

Después de limpiarse, se llevó el sombrero y el bastón al corazón y levantó la palma de la mano libre con un gesto aplacador.

—Mis disculpas. Estaba buscando a la señora Megan Cullen. Pensé que usted podría ser su hija. Aunque no esperaba encontrar a alguien tan encantador.

No pude evitar sonreír ante aquello. Volví adentro y coloqué la bandeja de ceniza sobre la rejilla, con un ruido metálico. ¿De verdad funcionaba aquel enjabonado con la gente de la ciudad?

—Pero es que yo no he sido encantadora —le dije.

Volvió a sonreír.

—Veo que no soy rival para usted.

—¿Va a decirme lo que quiere?

Parpadeó. Quizá aún le molestaba la mota de ceniza en el ojo.

—Me llamo Bennett. He conducido desde bastante lejos. Desde la universidad, de hecho. Cambridge. Ese de ahí es mi coche. He venido con la esperanza de entrevistar a la señora Cullen.

—¿Entrevistar? ¿Quiere usted entrevistar a Mammy?

—Quizá sea un término demasiado formal. Algo más como una charla. Tomar algunas notas, esa clase de cosas.

—Mammy está en el mercado.

Bennett se rascó la cabeza.

—¿De veras? ¿Y sabe cuándo piensa regresar? Por supuesto, puedo quedarme sentado en el coche hasta que vuelva.

Me relajé un poco y pensé que debería invitarlo a esperar dentro. Parecía bastante inofensivo. Pero antes de decidirme, una sombra se movió a su espalda.

—Mammy ya ha vuelto —anunció ella misma—. ¿Y usted quién es?

Se abrió paso haciendo a un lado al hombre, mostrando desinterés pero manteniendo el oído bueno inclinado cuando Bennett repitió lo que me había dicho a mí.

»Pon la tetera a hervir —me dijo—. ¿Y no sabes que es de mala educación tener a los visitantes esperando en el umbral?

—Pero siempre me has dicho...

—Olvídate de eso. —Se giró hacia nuestro visitante—. Bueno, ¿va a entrar o no? Encuentre algún sitio donde sentarse... No, ese no, ese es el mío. Ahí, mire, ahí. —Mammy colgó su abrigo detrás de la puerta y se acomodó en su silla junto al fuego—. Me gusta tener vigilada la puerta.

—Por supuesto, señora Cullen —dijo el hombre, al mismo tiempo aliviado y reprendido—. Lo comprendo perfectamente.

—¿Quién le ha dicho que venga a hablar conmigo?

Bennett buscó una tarjeta comercial en su bolsillo.

—Este caballero —dijo, entregándosela.

—No me sirve de nada porque no sé leer. Désela a la chica. Cogí la tarjeta.

—«Doctor Montague Butts» —leí en alto— «Trinity College, Universidad de Cambridge».

—No me dice nada —respondió Mammy. Pero vi cómo cruzaba las piernas por los tobillos y supe que estaba mintiendo.

Bennett enrojeció.

—¿De veras? Pues él me aseguró que la había visto en al menos una ocasión, ya ve. Que había estado aquí, en esta misma casa. ¡Qué contrariedad! —Hice el gesto de devolverle la tarjeta pero la rechazó, de modo que cuando no me estaba mirando la tiré al fuego, donde se consumió al instante.

Serví té y le di una taza a nuestro visitante. Aunque era una de las tazas desconchadas.

»Entonces será mejor que me explique —dijo Bennett.

—Será mejor, sí —respondió Mammy.

Bennett sostuvo el bastón y el sombrero en una mano mientras se inclinaba hacia delante y explicaba que tanto él como Butts eran folcloristas. Se trataba más de una afición que de su verdadera disciplina académica, aseguró, pero era una materia a la que eran asiduos. Aquella fue su palabra: «asiduos». Butts y él recorrían el país reuniendo lo que llamaban «tradición oral», y anotándolo todo. Estaban buscando, decía, canciones populares, cuentos y leyendas, supersticiones, remedios naturales... Cualquiera cosa que pudiera resultar de interés.

Mammy se acarició la barbilla.

—Bueno —dijo—. No es que sea una buena cantante. Déjeme pensar..

En ocasiones me maravillaba ante Mammy. Tuve que morirme el labio.

»No —dijo Mammy al fin—. No, no soy una buena cantante. Fern, aquí presente, podría hacerlo mejor. Sabe tararear bastante bien. Aunque no es que yo tenga mucho tiempo para esas cancioncillas ruidosas y esos jovencuelos melenciosos.

—Cancioncillas ruidosas es precisamente lo que no queremos —dijo Bennett—, y como antiguo miembro del Ejército, ya verá que me gusta llevar el pelo corto por detrás y por los lados.

—Venga, a ello —me dijo Mammy.

Así que me puse en pie y le canté *The Conventry Ploughboy*, y me decidí por una versión que tenía treinta y dos estrofas y un estribillo de dos versos. Durante toda la canción Bennett daba golpecitos con el pie y simulaba parecer cautivado más allá de toda comprensión por mi interpretación. Casi consiguió

mantener una sonrisa constante, pero no fue capaz. Cuando terminé, depositó el sombrero y el bastón en el suelo y me ofreció un gentil aplauso.

—Pues se sabe un montón igual —dijo Mammy—. Y es muy leída. Esta chica ha leído un centenar de libros. Más de un centenar.

—Espléndido —dijo Bennett. Sacó un cuaderno de su bolsillo y un lápiz diminuto del interior de la espiral—. ¿Y sabe algo usted acerca de medicinas alternativas?

—Dale al señor Bennett una botella de ese vino de bayas, Fern. Vamos, está en la alacena.

—Es usted demasiado generosa, señora Cullen. No puedo aceptarla.

—No, sí, va usted a llevársela. Y va a llamarme Mammy, como todos los de por aquí. Va a llamarme Mammy. ¡Venga, Fern!

Le entregué una botella del nubloso vino de bayas. Era bueno, pero teníamos demasiadas botellas.

—Si insiste, Mammy... ¿Sabe usted?, hoy en día existe un gran interés por las medicinas naturales.

—Así está mejor. ¿Medicinas naturales? Déjeme ver... Sé que este vino de bayas es bastante bueno para mantener la regularidad del vientre. ¿Tienes usted algún problema de regularidad?

—No, no digo que yo...

—¿Y ese señor Butts de Cambridge? ¿Hace de vientre con regularidad?

—Bueno, no puedo hablar por...

—Sí, yo no he pasado años en una universidad como usted, pero tómense un trago de mi vino de bayas todas las noches y ya verá qué bien les va. Y ese amigo suyo, el señor Butts, también irá con regularidad.

—Estoy convencido de que le encantará.

—Entonces anote eso en su pequeño libro.

—¿Señora Cullen?

Tuve que girarme y meterme una esquina del mandil en la boca cuando él no miraba.

—Anótelo. Medicina natural. Escriba: «vino de bayas. Un trago todas las noches mantiene la regularidad de las tripas».

Bennett hizo un apunte. Después cerró la libreta y se inclinó hacia delante, con aire confidencial.

—Señora Cullen..., Mammy..., ¿podemos hablar de forma más general, acerca de las medicinas naturales?

Pero Mammy ya se estaba incorporando de la silla. Torció el gesto y se apoyó el talón de las manos en la espalda.

—Ahora tengo que tumbarme. Es la artritis, que me da unos dolores enormes si me quedo mucho rato sentada. Fern, anda, cuida de nuestro visitante.

Apartó la cortina que daba a la escalera, al fondo de la habitación, y empezó a subir su peso por los crujientes escalones de madera.

Bennett miró triste en mi dirección.

—Y supongo que usted no tendrá nada que decirme acerca de remedios naturales...

—No —respondí—, pero me sé otra canción que podría gustarle.

Y me levanté de nuevo y empecé a cantar.